

Trayectorias invisibles de los flujos de movilidad y migración forzada de comunidades afrocolombianas en la frontera Colombia y Ecuador¹

Invisible trajectories of mobility flows and forced migration of afro-colombian communities on the border Colombia and Ecuador

Ángela Yesenia Olaya Requene²

Resumen

Este artículo contribuye al análisis antropológico de los flujos de movilidad y migración forzada de las comunidades afrocolombianas en la región Pacífico colombiano, específicamente en el municipio de Tumaco y su zona fronteriza con Ecuador. A través de la Etnografía Multisituada, se identifican las posibilidades de permanencia y capacidad de estas comunidades para sostener procesos locales y transnacionales en los cambios del espacio. Tales cambios del espacio hacen referencia a los fenómenos que integran y disuelven sus formas de organización socio-territorial, como las dinámicas geográficas de los ríos (inundaciones) que intervienen constantemente en la pérdida de cultivos y la desaparición de territorios, y el despojo de tierras y territorios causado por el conflicto armado y el narcotráfico. En particular, el conflicto armado ha constituido un campo de migración forzada a escala transnacional en la medida en que cada vez las comunidades afrocolombianas se enfrentan a la realidad de tener que mudarse de sus lugares e incluso del país para salvaguardar sus vidas de los grupos armados. Los flujos de movilidad y migración forzada se desarrollan en geografías altamente precarias y con una débil

¹ El presente artículo hace parte de un trabajo de investigación más amplio que realiza la autora en las comunidades afrodescendientes del Pacífico sur colombiano para optar al grado de Doctora en Antropología en la Universidad Nacional Autónoma de México.

² Ángela Yesenia Olaya es Socióloga por la Universidad de Caldas. Candidata a Doctora en Antropología, con maestría en Pedagogía y Política Educativa por la Universidad Nacional Autónoma de México. Investigadora invitada en el Instituto de Estudios Afrolatinoamericanos de la Universidad de Harvard. Miembro de la Red Interdisciplinaria sobre Identidades, Racismo y Xenofobia en América Latina (Red Integra) y de los grupos de trabajo “Afrodescendientes y propuestas contrahegemónicas” y “Desarrollo Rural” de CLACSO.

presencia del Estado, configurando un espacio que invisibiliza los rostros, trayectorias y destinos de la población migrante.

Palabras claves: comunidades afrocolombianas, movilidad, migración forzada, conflicto armado.

Abstract

This article contributes to the anthropological analysis of the flows of mobility and forced migration of the Afro-Colombian communities in the Colombian Pacific region, specifically in the municipality of Tumaco and its border area with Ecuador. Through this Multisite Ethnography, the possibilities of permanence and capacity of these communities to sustain local and transnational processes in changes in space are identified. The changes of space make reference to the phenomena that integrate and dissolve their forms of socio-territorial organization, such as the geographical dynamics of the rivers (floods) that intervene constantly in the loss of crops and the disappearance of the territories, the dispossession of lands and territories caused by the armed conflict and drug trafficking. In particular, the armed conflict has formed a field of forced migration on a transnational scale to the extent that Afro-Colombian communities face the reality of having to move from their places and even their country to safeguard their lives from armed groups. The flows of mobility and forced migration are developed in highly precarious geographies and with a weak presence of the State, configuring a space that invisibilizes the faces, trajectories and destinies of the migrant population.

Keywords: Afro-Colombian communities, mobility, forced migration, armed conflict.

Sistema de lugares: imbricaciones entre lo local y transnacional

En la región Pacífico colombiano los procesos de creación de culturas y lugares afrodescendientes se establecen de manera diversa y heterogénea. Las dinámicas espaciales y materiales que intervienen en la construcción de la región no convergen para crear territorios homogéneos; por el contrario, se interceptan en diferentes ritmos y temporalidades de acuerdo con las experiencias de producción del espacio e innovaciones que frecuentemente accionan las comunidades afrocolombianas en la producción simbólica-identitaria de sus lugares. En la perspectiva teórica de H. Lefebvre (2009) la producción del espacio constituye al conjunto de prácticas sociales que asignan a un espacio determinado las cualidades de un lugar; este último, definido por los significados y sentidos simbólicos en que los sujetos se apropian, transforman y habitan el espacio. En la frontera que Colombia comparte con Ecuador en su parte del litoral Pacífico los ríos, manglares y bosques son los espacios en que se crean las identidades socioterritoriales de las comunidades afrocolombianas; a la vez que constituyen los espacios de representación o resistencias con que enfrentan los poderes hegemónicos derivados de los ciclos económicos extractivos³ y las violencias armadas que amenazan con convertir la historicidad de sus lugares en espacios vacíos de subjetividades e historicidades propias.

El Pacífico al ser una región con una inmensa riqueza ecológica e hidrográfica que comprende la totalidad del departamento del Chocó y las zonas costeras de los departamentos del Valle del Cauca, Cauca y Nariño, los relatos de fundación de las comunidades afrocolombianas integran experiencias de producción y formas de organización del espacio (la repartición de las tierras para la agricultura, las zonas de pesca, la disposición del hábitat y las normas de residencia) a partir de diversos itinerarios por la espacialidad del mar, ríos y manglares. Los itinerarios se construyeron, y se mantienen, en

³ El Pacífico colombiano ha sido integrado históricamente a la nación en diversos ciclos del capital extractivo: desde la colonia, mediante la introducción del sistema minero-esclavista; las rutas de explotación y salidas del oro, a finales del siglo XIX; y en el transcurso del XX, la explotación de maderas finas, tagua y caucho y nuevamente el oro; este último se extiende hasta la actualidad, junto con los cultivos de palma africana para la producción de biodiésel, cada uno dejando una huella indeleble en la producción social, económica, ecológica y cultural del lugar (Escobar, 2010).

relación con la disponibilidad de los recursos naturales, estaciones de pesca y agricultura y los procesos de erosión de las aguas que amenazan constantemente con arrastrar las viviendas, cultivos de pan coger⁴, ganado y especies menores. Concretamente, en esta región se podría hablar de rutas entrelazadas de movilidad en la búsqueda de tierras para habitar, como de caminos -esteros y trochas- construidos por la espesura de los bosques y manglares donde la gente se cruza y se encuentra, diseñados como espacios de intercambio comercial y/o fortalecimiento de vínculos de parentesco y amistad.

En la frontera colombo-ecuatoriana los lugares afrocolombianos se caracterizan por la conectividad de ríos y extensas selvas y manglares. Algunas *veredas*⁵ se encuentran ubicadas en las orillas de los ríos, otras se han construido en el entremedio de los manglares o en los pequeños islotes que dejan los ríos cuando las aguas retroceden. Cada uno de estos lugares definen a su vez estrategias de organización y producción del espacio, desplazamientos y construcción de culturas asumidas por sus pobladores. De esta manera, los lugares, identidades y medios de producción de las personas están espacialmente enraizada a los sentidos que le otorgan a su relación con los ríos y sus caudales, al constituir los lugares que los moviliza en la construcción de una cultura propia, fuente económica para la comercialización de sus productos, la pesca, riego de cultivos, abastecimiento de agua y medio de transporte. Los ríos son asumidos como el espacio en el que los sujetos ejercen sus actividades de la vida cotidiana y que corresponde a la red de sistema de lugares, relaciones de parentesco e intercambios de bienes y mercancías entre las comunidades y veredas.

⁴ Se denominan así aquellos cultivos que satisfacen las necesidades básicas alimenticias de las familias afrocolombianas, principalmente cultivos de plátano, coco, yuca y arroz. Los cultivos de pan coger están integrados a los medios de producción tradicionales destinados al autoconsumo, el intercambio entre comunidades y la compra y venta de productos en mercados locales.

⁵ La vereda es el área geográfica de asentamiento en la que las familias construyen casas “palafíticas” en áreas de tierra firme y protegidas de las crecientes de los ríos y de las mareas máximas, empleando plataformas levantadas sobre pilotes para separarlas del suelo (Mosquera, 2001). En la zona rural del municipio de Tumaco, como en Buenaventura o Quibdó, la conformación de veredas a partir de la arquitectura “palafítica” construye y moviliza valores culturales y costumbres relacionadas con las modalidades cotidianas de habitar y apropiar el espacio.

Las localizaciones y trayectos por los ríos han configurado un campo de movilidad pendular/local caracterizada por dinámicas de desplazamiento fluvial de ida y vuelta, entre veredas, corregimientos y centros urbanos dentro de una misma cuenca hidrográfica o que son polo de atracción o sujeción para un territorio (Whitten, 1992). La movilización deja de ser así un punto en el espacio para pasar a identificarse con un entramado de áreas constitutivas por puntos de interacción cotidiana al interior del espacio. En este sentido la espacialidad de los ríos es la representación de las prácticas eco-culturales colectivas de las comunidades afrocolombianas de las que se derivan sus sistemas de producción y economías tradicionales. De acuerdo con Arturo Escobar (2010) los ríos en estas comunidades dan cuenta de las configuraciones particulares de naturaleza y cultura, sociedad y naturaleza, paisaje y lugar, como entidades vivenciales y profundamente históricas.

Antes de la delimitación legal de la zona fronteriza, se conformaron relaciones socioculturales definidas por procesos de parentesco entre las poblaciones afrodescendientes de lo que hoy es Colombia y Ecuador. En dichas relaciones el espacio ribereño que vincula a los dos estados adquiere pleno sentido en la vida cotidiana de las comunidades afrocolombianas. Las conexiones históricas entre los afrocolombianos y afroecuatorianos, dan cuenta de formaciones identitarias transnacionales que generan una movilidad multirresidencial en ambos países a partir de las solidaridades y vínculos de la “*familia extensa*” transfronteriza. La “familia extensa” hace referencia a cierta historia compartida que no tiene límites consanguíneos, sino que se puede ampliar en cualquier momento y lugar por afinidades comunitarias y/o territoriales (Hoffmann, 2007). De acuerdo con los datos obtenidos durante el trabajo de campo con pobladores del río Mira, la “familia extensa” se estructura, sea por el núcleo familiar elemental (padres e hijos), lazos genealógicos, relaciones de compadrazgo o apellidos asociados al río o vereda de origen. En los flujos migratorios hacia Ecuador los afrocolombianos mencionan vivir en la casa de “mi familia”, “pariente” o “primo” (estos dos últimos términos pueden referir a lazos genealógicos o, a la convivencia de familias con apellidos distintos en el mismo lugar de origen). De acuerdo con Hoffmann “los términos familia o primo para designar al vecino o hasta al simple transeúnte (pero siempre negro y del cual se puede pensar que es de la

región) expresaría, más allá de un folclor lingüístico, una concepción muy extendida de pertenencia común basada en la idea de parentesco social” (Hoffmann, 2007: 80). Entendida la familia de esta manera, se parte del principio que cada núcleo familiar abarca hogares físicamente localizados en los dos países, generando formas de relaciones y vínculos simultáneos entre ambos estados que trascienden la frontera física.

Al respecto, Domenach y Picouet (1990) han desarrollado una tipología de la movilidad espacial a partir de la noción de “espacio de vida”. Este concepto define diversos tipos de flujos de desplazamientos entre definitivos y temporales que reemplaza el concepto de residencia definitiva.

El hecho de que una persona vaya a vivir en uno u otro lugar no corresponde a un cambio de residencia sino al uso de su espacio de vida. Espacio de vida que corresponde a la red de sus relaciones o eventos de su vida familiar, económica, política, etc., o como lo define Courgeau "la porción del espacio donde el individuo ejerce sus actividades. (Domenach y Picouet, 1990: 54).

Por ejemplo, en las aguas del río Mira que atraviesan la frontera del noroeste de Ecuador y el suroeste de Colombia, los flujos migratorios para los afrocolombianos hacia Ecuador han sido tradicionalmente viajes de ida y vuelta con motivos de afianzar redes de parentesco y amistad, así como la circulación de bienes y mercancías. Estas conexiones hacen que los afrocolombianos puedan tener una serie de prácticas transnacionales que intensifican y complejizan sus dinámicas de movilidad. La gente transita todos los días por diferentes itinerarios que articulan lugares urbanos y rurales en una espacialidad local y transnacional, permitiendo que se relacionen y se intercepten allí, un sistema de lugares.

Barbary, Dureau y Hoffmann (2007) han definido el sistema de lugares en las comunidades afrocolombianas del Pacífico como:

La variedad de espacios, prácticas y desafíos (individuales, familiares, sociales) que se articulan alrededor de la movilidad, para captar los determinantes de estos movimientos de personas y bienes y los diferentes impactos que tienen sobre los lugares, tomados de manera individual, pero más que todo considerados como un sistema (Barbary, Dureau & Hoffmann 2007: 96).

La noción de sistema de lugares permite leer los flujos movilidad en diferentes escalas espaciotemporales vividas y producidas por los grupos sociales (Haesbaert, 2002). En este sentido y, en un espacio de frontera, la fluidez de los trayectos e itinerarios de las personas implica identificar, por un lado, el nivel de articulación de lugares locales y globales ¿Cómo se producen? ¿Cómo se interceptan? ¿Qué dinámicas materiales y simbólicas se desarrollan ahí? Y, por otro lado, la fragmentación de estos lugares dentro de un espacio regional más amplio, principalmente si los trayectos de movilidad son resultantes de procesos de exclusión y precarización socio-espacial ¿Qué actores sociales (Estados, instituciones, grupos socioculturales, clases económicas y políticas están involucrados en esta lógica espacial)?

Enfatizando en el planteamiento de Lefebvre acerca del lugar como una producción del espacio vivido por los grupos/sujetos sociales y, retomando el concepto de lugar desarrollado por Oslender (2008) - que sitúa las prácticas de los *movimientos sociales* de las comunidades afrocolombianas en un espacio específico y, a la vez dentro de un marco más amplio de desarrollo del capitalismo -, propongo que el sistema de lugares en la frontera colombo-ecuatoriana puede ser concebido a partir de la imbricación de múltiples relaciones *de poder/saber*⁶; del poder más material de las relaciones económicas al poder más simbólico de las relaciones de orden cultural que, a pesar de estar imbricados, pueden reconocerse en su especificidad ya que no son reductibles uno a otro.

En este orden de ideas, el sistema de lugares puede ser comprendido dentro de dos campos.

Por una parte, un *campo de producción subjetivo*: como espacios vividos y dotados de intercepciones simbólicas y culturales en la que los grupos construyen relaciones de la vida cotidiana de forma diferencial y/o articulada.

Por otra parte, como un *campo de producción material* por medio del desenvolvimiento de dos formaciones económicas.

⁶ Las relaciones poder/saber hacen referencia a la articulación y conflictividad de los sistemas económicos con los saberes y practicas tradicionales de producción de comunidades campesinas, afrodescendientes e indígenas. Reflexionar acerca de estas relaciones, es determinar los cambios y transformaciones que genera el capital en grupos sociales con altos índices de vulnerabilidad socio-territorial y económica.

Primero, los circuitos globales de la economía capitalista agenciada por el Estado-nación y las corporaciones multinacionales a través de la extracción de minerales e hidrocarburos. El ingreso de estas dinámicas internacionales a la región Pacífico se estableció a través del sector minero/ energético - principalmente carbón, petróleo y oro- puesto que el país ha basado su crecimiento económico sobre este tipo de industria, abriéndose desde 1980 y entregando los recursos naturales en concesión privada a empresas internacionales⁷. Particularmente la zona fronteriza colombo-ecuatoriana se caracteriza por la presencia de cultivos extensivos de palma africana para la producción de biodiesel y es uno de los pasos del oleoducto trasandino que transporta crudo entre Colombia y Ecuador. A lo que se suma que es una zona estratégica para la cadena productiva del narcotráfico (siembra, raspa, pastificación, cristalización, empaquetado y envío de coca), lo que la convierte en el principal canal de los grupos narcotraficantes del país para el tráfico transfronterizo de cocaína con destino a los mercados de México y Centro América.

Segundo, economías rurales locales o de subsistencia (agricultura y pesca) de las comunidades afrocolombianas. Las técnicas rudimentarias que utilizan las personas en sus actividades económicas los obligan a emigrar a diferentes lugares de acuerdo con las épocas de pesca, siembra y rotación de los suelos, configurando - como diría Deleuze (2007) - un entramado de “prácticas discursivas de visibilidades” que concretan la actividad material de los sujetos en la producción del espacio, que es siempre, al mismo tiempo material y simbólico.

Particularmente el campo material permite una nueva lectura de las dinámicas de movilidad en esta zona de frontera. Con los intereses económicos del Estado colombiano para el control de la zona fronteriza colombo-ecuatoriana y, en la década de los 90, la llegada de grupos armados y con ellos los cultivos de coca y el narcotráfico, se produjeron cambios y reestructuraciones en las motivaciones que históricamente han impulsado los flujos de movilidad de las comunidades afrocolombianas hacia Ecuador. La movilidad, que en un

⁷ La “locomotora del desarrollo” en Colombia despegó con las reformas neoliberales de la década de 1990, y se fortaleció con el nuevo código minero de 2001 y los siguientes dos periodos presidenciales de Álvaro Uribe (2002-2010). Durante el gobierno de Uribe, la inversión extranjera en el sector minero-energético aumentó de 42 a 67% del total de la inversión extranjera directa (Banco de la República).

principio se estableció por motivos familiares e intercambios comerciales, ahora se conecta con una *migración forzada* impulsada por las violencias armadas y los despojos territoriales a manos de grupos armados; a la par que las prácticas de la agricultura tradicional son sustituidas por sistemas de cultivos agroindustriales y cultivos de coca capaces de transformar ambientes naturales en tierra muerta para los productos de primera necesidad (arroz, plátano, maíz y yuca).

De acuerdo con lo anterior, progresivamente las comunidades van teniendo menos control sobre sus territorios ya que el control está siendo ejercido por otros actores sociales. De hecho, y esto es clave para mi argumentación, el control territorial a mano de actores externos coexiste con condiciones históricas de empobrecimiento de los lugares afrocolombianos. Si bien el caso más extremo de movilidad es la migración forzada ocasionada por el despojo de tierras y territorios en el marco del conflicto armado y las economías extractivas, también los contextos estructurales de pobreza y exclusión han configurado una espacialidad del destierro que confina sus vidas a la periferia y zonas marginalizadas del desarrollo donde se actualizan violencias históricas contra ellos (García, 2010).

Para Haesbaert (2002), cuando la movilidad se desarrolla en contextos de precarización de las condiciones materiales de los grupos sociales conlleva a dinámicas de desterritorialización. La desterritorialización, entendida como fragilización o pérdida del control del territorio de los grupos sociales, implica de manera simultánea una destrucción del espacio vivido y una reconstrucción territorial. No obstante, la desterritorialización,

Puede estar relacionada también con procesos de desidentificación y pérdida de referencias simbólico-territoriales –lo cual refleja una pérdida de control del espacio, como ocurre con muchos grupos de los “sin techo” y con aglomerados humanos como algunos campos de refugiados o algunas situaciones de conflictos y violencia generalizada-. (Haesbaert, 2002: 26).

El concepto de desterritorialización está asociado con lo que Haesbaert ha denominado “multiterritorialidad”, entendida como la posibilidad de tener la experiencia simultánea y/o sucesiva de diferentes territorios reconstruyendo constantemente el propio, lo que implica

la formación de territorios red o sistema de lugares. En la frontera colombo-ecuatoriana las comunidades afrocolombianas han construido una multiterritorialidad sucesiva que implica una movilidad física de desplazamientos que ignora la presencia legal de la frontera, configurando un flujo de migraciones transnacionales. Tomando como punto de referencia las aportaciones pioneras de Schiller, Basch Blanc-Szanton (2005), los flujos migratorios están caracterizados por la generación de redes territoriales, actividades y patrones de vida que comprenden tanto a la sociedad receptora como a la de origen. En este sentido la extensión y el mantenimiento de intercambios y solidaridades objetivas y simbólicas que congregan dos sociedades en un mismo campo social, permiten una nueva conceptualización de la población migrante, en lo que las autoras han denominado “transnacionalismo”, concepto que describe a los migrantes como “transmigrantes”.

Hemos definido al transnacionalismo como el proceso por el cual los inmigrantes construyen campos sociales que articulan a su país de origen con el país de destino. Los inmigrantes que construyen tales campos sociales son denominados “transmigrantes”, los que desarrollan y mantienen múltiples relaciones - familiares, económicas, sociales, organizacionales, religiosas y políticas- que atraviesan las fronteras. Los transmigrantes toman medidas, toman decisiones, tienen intereses y desarrollan identidades dentro de las redes sociales que los conectan con dos o más sociedades simultáneamente”. (Schiller, Basch Blanc-Szanton 2005: 68).

La cercanía cultural entre las comunidades afrocolombianas y afroecuatorianas y el peso de una historia compartida intensifican de forma cotidiana intensas relaciones e interacciones sociales en constantes procesos de significación. Estas comunidades han desarrollado un *modo de vida transnacional* en el que se asume la frontera como un espacio de intersección de identidades fuertemente enraizadas al mantenimiento de intercambios y de solidaridades entre sí, así como a factores como la familia, el parentesco, costumbres y prácticas productivas. En el imaginario colectivo de las personas los límites fronterizos que las separan no son precisos y fijos; estos son mutables y cambian. La frontera la asumen como un espacio relacional, vital, incluso circular en la que - en palabras de sus pobladores - se navega de “arriba abajo”, se camina “de un lado a otro”, se “siembra y se cosecha”. La

conexión transnacional de las familias, sus relaciones culturales y comerciales, así como los circuitos de navegación, dibujan itinerarios y rutas entrelazadas establecidas hace tiempo; en ellas cada desplazamiento está cargado de sentidos y cada nuevo recorrido refuerza sus relaciones económicas, culturales y de parentesco.

Fronteras y muros

La idea de frontera adquiere una variedad de sentidos en la actualidad. Este término es utilizado, principalmente desde la geografía clásica, para delimitar los territorios limítrofes entre dos estados nación y analizar los flujos y técnicas de control migratorio dentro de espacios territorialmente delimitados. La frontera, además de demarcar administrativa y jurisdiccionalmente a las entidades territoriales “conforman el perímetro de los *nuestr*os, esto es, el espacio en el que son de aplicación los principios y las diversas regulaciones que adopta una comunidad política” (Velasco, 2016: 82). Distintas investigaciones llevadas a cabo en los ámbitos de la antropología, sociología, historia y las corrientes recientes de la geografía (Vélez, 1996; Castellanos, 1995; Valenzuela, 2014), analizan las tendencias de movilidad y migración en las fronteras desde una perspectiva multiterritorial, multidimensional y heterogénea. De esta manera “se ha desplazado la idea de frontera como referente geográfico-político-administrativo para visualizarla como escenario desterritorializado en donde las culturas y las identidades son creativamente reinventadas como complejas y multidimensionales formas de autorreferencial” (Garduño, 2003: 69).

En el caso aquí estudiado, en la construcción del Pacífico como una región de frontera, los límites de diferencia entre Ecuador y Colombia no se reproducen claramente, lo que permite una mayor integración de las comunidades afrodescendientes de ambos países. Sostendré como hipótesis que la porosidad en la demarcación fronteriza se debe, en parte, a la exclusión histórica de los territorios afrocolombianos de los discursos nacionalistas y, en consecuencia, de las políticas orientadas a gestar la identidad nacional, pues estos territorios y los pueblos que lo habitan no han sido referentes estructurantes en los sistemas de clasificación y distinción de la sociedad colombiana. Esto explica, en parte, el abandono

histórico de la zona fronteriza y los débiles procesos de marcación de límites transfronterizos en el plano de las identidades y los imaginarios de nación.

Ahora bien, en las últimas décadas son numerosos los Estados que han intensificado el reforzamiento de sus fronteras. La construcción de nuevos muros revive los discursos de segregación o protección en nombre de la amenaza que representan los flujos migratorios de la periferia al centro. Si los viejos muros de la Guerra Fría eran para no salir, los de ahora son para no dejar entrar (Emmerich, 2005: 2). El muro evoca el “límite”, la diferenciación adentro/afuera, inclusión/exclusión, que ayuda a definir marcadores de separación entre lo propio y lo extraño. El muro puede adquirir diferentes modalidades, ya sea como marca, bardas o políticas clasificatorias de cultura, lengua, nacionalidad. Resulta innegable que en los actuales contextos el reforzamiento de muros está asociado al control de personas indocumentadas, la apropiación ilegal de territorios, conflictos armados étnicos y/o religiosos, así como a políticas que segregan o discriminan a las personas por sus condiciones “raciales”, políticas, económicas o sociales.

Pensemos en las recurrentes muertes nunca documentadas de migrantes centroamericanos y mexicanos en sus intentos por cruzar la frontera entre México y Estados Unidos; en el muro hecho de alambres con cables cortantes entre Ceuta y Melilla levantando a mediados de los 90 para blindar la entrada de migrantes de origen marroquí a España; la barrera que divide el territorio entre Israel y Cisjordania denunciada por diversas ONGs y palestinos como un “muro de apartheid” que ha llevado, además, al acaparamiento ilegal de tierras por parte del estado israelí; o en los flujos de inmigrantes procedentes de África, Oriente Medio, los Balcanes Occidentales y Asia del Sur, que navegan en condiciones de extrema peligrosidad las aguas del mar Mediterráneo a bordo de embarcaciones precarias – conocidas como pateras- y llegan –o intentan llegar- a países de la Unión Europea. En todos estos casos la violencia y los controles migratorios modelan las vidas y las relaciones que se despliegan en a través de las fronteras a lo largo del mundo (Mezzadra y Neilson, 2013).

La frontera colombo-ecuatoriana pareciera contradictoria al contexto global actual. Históricamente las comunidades afrodescendientes de Colombia y Ecuador cruzan de un

país a otro en un espacio en que los controles migratorios y regularización de la documentación para las entradas y salidas en la zona de frontera son débiles, o casi inexistentes, y en el que progresivamente hay una expansión territorial de los grupos armados y economías del narcotráfico hacia territorio ecuatoriano. Es importante resaltar que ambos países han estado involucrados en la formulación de una política conjunta tendiente a erradicar a los grupos armados y las economías ilícitas a nombre de la seguridad y el desarrollo de la frontera, como lo es la Comisión Binacional Fronteriza (COMBIFRON), lo que supone una presencia cada vez mayor de las Fuerzas Militares de ambos Estados en estos territorios. Las estrategias de militarización han tenido un importante impacto para visibilizar en el contexto nacional e internacional la regionalización del conflicto armado colombiano. No obstante, estos esfuerzos no han sido complementados mediante programas equivalentes a regular los flujos migratorios y generar condiciones de desarrollo para las comunidades afrocolombianas agobiadas por la pobreza estructural y las agresivas medidas contra las drogas.

Según datos del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados –ACNUR– (2017) el impacto del conflicto armado en Colombia ha generado que 197.750 personas de origen colombiano hayan solicitado refugio desde 1989 hasta 2016 en Ecuador. Es importante resaltar que el registro de los flujos migratorios transnacionales ha sido una iniciativa principalmente de organismos internacionales, como la ACNUR. Esta organización ha manifestado su preocupación por la tendencia descendente en la tasa de reconocimientos de la población en busca de asilo internacional: de 80 por ciento en el 2001 a 55.7 por ciento en el 2002 y a 30 por ciento en el 2004. Existe un gran número de personas que cruzan la frontera y no se tiene registro. Esto puede ser consecuencia de la discriminación y estigmatización en las sociedades receptoras al ser asociados a los grupos guerrilleros y de narcotráfico. Además existe un desconocimiento generalizado del Derecho Internacional de los Refugiados por parte de ellos.

Si bien Colombia cuenta con un sistema de registro de la población víctima del conflicto armado interno (Registro Único de víctimas), los registros de flujos migratorios en las fronteras, las rutas de protección humanitaria, los trayectos jurídicos y tipos de

reconocimiento institucional para la población migrante y en busca de refugio, son débiles o casi inexistentes. Al respecto la Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento - CODHES - ha alertado al Estado colombiano para definir jurídicamente a las víctimas de las violencias internas en condición de exilio y refugio en el exterior. Dada la ausencia de registros sobre esta particular movilidad humana “la sociedad colombiana y las Instituciones del Estado no conocen a ciencia cierta cuáles son los rostros de sus refugiados, exiliados y víctimas en el exterior, los dramas que los acompañan, las expectativas de su resarcimiento, ni las posibles vías para cerrar el ciclo del desplazamiento forzado trasfronterizo” (CODHES, 2017:5).

Como ya se mencionó, en la frontera colombo-ecuatoriana las acciones de ambos estados para combatir a los grupos armados y el narcotráfico se han desarrollado mediante estrategias militares. A pesar de que el Departamento Nacional de Estadística en el censo poblacional del 2005 estimó que del total de la población colombiana que habita en los límites que Colombia comparte con Ecuador, Perú, Venezuela, Brasil y Panamá es de 3.9 millones de personas - del cual el 94.5% de la población fronteriza se concentra en las fronteras con Venezuela y Ecuador - con frecuencia el gobierno colombiano hace referencia a la zona fronteriza que el país comparte con Ecuador por litoral Pacífico, como un territorio apartado y poco poblado, con extensas selvas y ríos, y en la que confluyen violencias armadas y se concentran grandes laboratorios para la producción de cocaína sin mencionar a las comunidades afrocolombianas que han hecho de este espacio un lugar de identidades y culturas propias. Esta situación es uno de los motivos que genera que la planeación y ejecución de actividades tanto militares como antinarcóticas se sobrepongan sobre la visibilización y reconocimiento de los flujos migratorios transnacionales de las comunidades afrocolombianas en esta zona de frontera.

En la política de gobierno del presidente Juan Manuel Santos y el Plan Nacional de Desarrollo (PND) 2010-2014, se establecen los mecanismos en materia de Fuerza Pública tendientes a desarticular a los grupos armados y demás organizaciones del crimen organizado. Dentro de estos mecanismos la seguridad y defensa de las fronteras nacionales

intensificarán la presencia de las Fuerzas Militares, Policía Nacional y los Organismos de Seguridad del Estado:

Con el fin de aumentar el costo de oportunidad de violar el límite territorial colombiano y disminuir la influencia y capacidad operacional del crimen transnacional y el terrorismo sobre el territorio nacional, se harán los esfuerzos necesarios para incrementar la presencia de la Fuerza Pública en las fronteras terrestres y marítimas. Las Fuerzas Militares y la Policía seguirán cumpliendo un papel fundamental en el mantenimiento de la soberanía a través de su presencia en territorios apartados y poco poblados del país y en la contención de amenazas convencionales y no convencionales. (PND, 2010:87).

De acuerdo con lo anterior el PND reconoce el efecto del crimen transnacional y grupos armados que utilizan las fronteras del país como una bisagra para el desarrollo de sus actividades ilícitas (abastecimientos, ataques, secuestros, actos terroristas y acciones criminales, reclutamiento forzado de niños, en general); sin embargo, no refiere a los masivos flujos migratorios de colombianos y colombianas por las fronteras, especialmente por el Pacífico. La débil respuesta del Estado colombiano a la migración forzada transnacional implica analizar las características sociales, culturales y “raciales” de la población migrante, así como las fronteras geopolíticas y culturales que se cruzan y el trayecto que se sigue.

¿Por qué el Estado colombiano no se ha interesado en un registro y control de los flujos migratorios afrocolombianos teniendo en cuenta el acaparamiento de esta zona por el narcotráfico y el crimen organizado? Para responder a este interrogante examinaré las cuestiones relacionadas con la complejidad de los derechos e integración de las comunidades afrocolombianas a la nación, complejidad que se aprecia, sobre todo, cuando recurrimos a los procesos históricos de exclusión de los territorios afrocolombianos. En estos procesos lo que se percibe claramente es la delimitación de una *frontera interna*,

derivada del orden colonial y sus relaciones de dominación con los pueblos afrocolombianos⁸.

La frontera interna actúa como un marcador de diferenciación que, en función de la “raza” y *región*,⁹ expulsa a las comunidades afrocolombianas de los órdenes sociales, políticos y económicos internos de la nación; a la vez que opera como un mecanismo de segregación que, en el espacio fronterizo con Ecuador, suscita una multiplicidad de rutas de movilidad transnacionales en el que la vida de las personas afrocolombianas, sus realidades y problemáticas sociales, corresponde a modos de significación subalternas; es decir, vidas invisibles que no son susceptibles de ser reconocidas e incorporadas como parte de un “nosotros” nacional. Es importante resaltar que en la construcción social de esta frontera interna hay porosidades; la presencia de las elites económicas en los territorios del Pacífico se establece desde una lógica global de incorporación del capital extractivo a la región para el apalancamiento y el acceso a tierras y recursos naturales en un contexto de fuertes

⁸ Véase, como a mediados del siglo XIX la significación histórico-cultural que tiene para las comunidades afrodescendientes los procesos de poblamiento y movilidad en las tierras del Pacífico entra en conflicto con la construcción de las elites intelectuales sobre el proyecto de Estado-nación. La imposibilidad de los sectores dominantes de colonizar este territorio y someterlo al control de las autoridades estatales comenzó a gestar un campo ideológico de la región en el que su configuración social, del paisaje y territorial fue representado como una región en los márgenes. La idea de marginalidad evoca que, en estos territorios, luego del declive de la economía esclavista (explotación aurífera), las guerras de independencia y el subsecuente proceso de libertad de las personas de origen africano, hubo un proceso de desactivación económica que marcaba el fin del control de las elites sobre los pobladores y las minas del Pacífico. En consecuencia, ello generó que las personas y familias afrodescendientes gestaran nuevas formas de apropiación y organización del territorio basadas en formas de producción destinadas principalmente al autoconsumo, diversos tipos de intercambio y en una escala menor a la explotación en las minas, esta última de manera artesanal y en una estructura de trabajo familiar y comunitaria (Restrepo, 1999). Las nuevas formas de trabajo y de producción de la tierra fueron consideradas por las elites como opuestas a la modernidad lo que significaba un retroceso al progreso del país.

⁹A mediados del siglo XIX, la élite política-intelectual de la época, comienza a gestar las primeras representaciones de la nación colombiana, mediante mecanismos de homogeneización y diferenciación de las regiones y pueblos en función de la “raza”. En el proceso de conformación del Estado-nación la producción ideológica de la “raza” remite a lógicas distintas de organización del espacio y de la sociedad a partir de enfatizar en supuestas diferencias biológicas y una clasificación jerárquica de los grupos humanos como forma de ordenamiento naturalizado de la sociedad. Tal orden naturalizado construyó una representación del Pacífico desde lógicas externas como una región paradigmáticamente “aislada” e “inhóspita” y sus pobladores representados como “salvajes” e “incivilizados”, siendo marginada del proceso de configuración del Estado-nación, tanto en el plano simbólico-imaginario como en el terreno fáctico institucional (Restrepo 1999). El imaginario construido de los pueblos y sus territorios implicó percibir a la nación como “racial” y regionalmente diferente; una diferencia que supondría la conquista y mejoramiento “racial” de aquellos territorios marginalizados y sus pobladores con el fin de conducirlos a un proyecto civilizatorio.

resistencias y de reclamos por parte de las comunidades afrocolombianas que tienen la ocupación ancestral de los recursos y territorios.

Particularmente la zona fronteriza colombo-ecuatoriana se caracteriza por la presencia de extensivos cultivos de palma africana para la producción de biodiesel y es uno de los pasos del oleoducto trasandino que transporta crudo entre Colombia y Ecuador. A lo que se suma, que es una zona estratégica para la cadena productiva del narcotráfico (siembra, raspa, pastificación, cristalización, empaquetado y envío de coca). En este sentido la movilidad local y transnacional existe dentro y en contra de las determinaciones que trae aparejada la relación Estado-Capital. Así los flujos de movilidad de las comunidades afrocolombianas a la vez que transforman y refuerzan culturas, identidades y espacialidades de manera coactiva y creativa, también son una posibilidad de resistencia e innovación frente a las estructuras económicas legales e ilegales que transgreden la estabilidad de los sistemas de lugares.

La pobreza y falta de elegibilidad de registros de la población migrante es uno de los elementos que nos permite comprender los lugares y comunidades afrocolombianas en una situación de “*vidas precarias*”, por utilizar el concepto de Judith Butler, al hacer referencia al estatus ontológico de ciertas poblaciones constituidas como destructibles y no merecedoras de ser lloradas, en lugar de como poblaciones vivas necesitadas de protección contra la violencia ilegítima estatal, el hambre o la enfermedad (Butler, 2006). Los marcos mediante los cuales aprehendemos ciertas vidas como precarias operan generando ontologías específicas de los sujetos, en palabras de Butler: “los sujetos se constituyen mediante normas de inteligibilidad, socialmente instauradas y mantenidas mediante prácticas reguladas de repetición e imitación, que “producen y cambian” (Butler, 2006:17). Para el caso que nos ocupa, la constitución de los sujetos afrocolombianos ha estado previamente determinada por formas de dominación y sumisión que constriñen sus subjetividades en esquemas de “salvajismo” y sus territorios como entidades “aisladas” para así legitimar su conquista y sometimiento por quienes se asumen así mismo como civilizados.

Ahora bien, el interés de esta autora por el análisis de las respuestas que han dado Colombia y Ecuador al control de sus zonas fronterizas, no obedece a una posición que favorezca medidas restrictivas de la migración. Por el contrario, la intención es complejizar las relaciones bilaterales entre ambos Estados en un contexto de fuertes flujos migratorios de pueblos que históricamente han sido marginados en la configuración de las identidades nacionales, restringiendo sus derechos ciudadanos e insertados a circunstancias forzadas de migración que escapan por completo al control de las propias personas y sus comunidades.

Las políticas y convenciones entre ambos países en materia de migración internacional, presionados principalmente por las recomendaciones de organismos internacionales como la ACNUR, ha reconocido los flujos de inmigrantes y refugiados afrocolombianos en Ecuador como una consecuencia de factores asociados al desplazamiento forzado originado por el conflicto armado y el narcotráfico y el subsecuente proceso de empobrecimiento de estos territorios a causa de la guerra. Sin embargo, si bien estos factores en las últimas décadas han acelerado la migración transnacional y la búsqueda de refugio de personas y familias afrocolombianas en el país vecino, la emigración a consecuencia de la carencia de servicios básicos y recursos económicos (educación, agua potable y sistemas de producción sostenible, entre otros) antecede a la guerra. Los gobiernos han perdido el contacto con las realidades socioeconómicas que originan la migración transnacional: una imbricación de procesos de precarización y exclusión de las vidas afrocolombianas con la destrucción masiva de sus territorios ocasionada por el conflicto armado y, en los últimos meses, las disputas de las rutas del narcotráfico por disidentes de las guerrillas de las FARC, carteles del narcotráfico, neoparamilitares y bandas criminales.

Ríos e inundaciones

Los relatos de fundación de las comunidades afrocolombianas en los territorios ribereños refieren que, ante el creciente deterioro ecológico de sus lugares como consecuencia de las inundaciones y desbordamientos de ríos - que son frecuentes en la región al ser una zona de alta lluviosidad-, las familias se movilizan continuamente en la búsqueda de tierras firmes para construir sus casas y con ello dar lugar a la formación de pequeñas veredas. Algunas familias refieren no haber tenido una residencia fija; sin embargo, sus dinámicas de

movilidad se desarrollan en el mismo espacio fronterizo. En otras palabras, es un constante ir y venir a lo largo y ancho de la frontera.

Los movimientos geográficos de los ríos y los cambios en las estaciones de pesca y cosecha inciden en las dinámicas de poblamiento y flujos de movilidad afrocolombiana generando transformaciones y rupturas en sus formas de organización material y productiva; por ejemplo, cambian los puntos geográficos de la actividad pesquera y extracción de crustáceos de los manglares. Las inundaciones son frecuentes todos los años, por esta razón las comunidades han desarrollado distintas estrategias de resolución de problemas y de adaptación a nivel doméstico, como la construcción de casas de palafitos con pilares o estacas altas. Algunos pobladores han manifestado que en los últimos años las inundaciones son cada vez más devastadoras lo que ha generado el abandono forzado de sus viviendas y en algunos casos esta situación ha conducido a la desaparición de veredas.

La expresión “*vengo de un pueblo que se lo llevo el río*” es extensiva en las comunidades afrocolombianas, esta puede tener un doble significado, primero: como una posición o ubicación que ya no existe en un mapa espaciotemporal, sino que reside en la memoria individual y colectiva de los sujetos que al recordar evocan un lugar de origen constituido dentro de algún proceso social; o, segundo: una “permanencia” en un espacio determinado que construye una identidad y sentido de pertenencia territorial. Este último argumento incluye circuitos de desplazamiento con el que las personas se movilizan por un territorio que han defendido como propio y definido por una historia de significados en la que los ríos representan caudales de vida que garantizan la invención de sus mundos de vida. Además, las corrientes de los ríos son los canales de tránsito y destino, desde la comunicación entre los pueblos cercanos y fronterizos, hasta la generación de patrones de intercambio y consumo. En tal efecto las condiciones físicas del entorno natural pueden ser un factor de limitación o de estímulo en relación con la densidad y estabilidad de las veredas afrocolombianas.

Las dinámicas de movilidad por los desbordamientos de ríos, siguiendo a Julian Steward (2014), son reflejo del continuo cambio cultural que desarrollan las personas de manera

individual o colectiva como estrategia de sobrevivencia ante los cambios inesperados del entorno natural. Es importante resaltar que estas movilizaciones se dan un contexto de ausencia de planes de reordenamiento territorial que permitan mitigar las afectaciones por inundaciones y desbordamientos. Según manifiestan algunos líderes del municipio, los desbordamientos de ríos han causado un mayor número de desplazamientos que el conflicto armado. Es importante mencionar que las familias pueden llegar a vivir experiencias interseccionales de desplazamientos motivados por los fenómenos de la naturaleza y la presencia de grupos armados.

Conflicto armado y migraciones forzadas

La presencia de grupos armados en las regiones de Colombia se ha establecido de manera diferenciada según las particularidades geográficas e históricas de cada región. En el Pacífico colombiano, para ser más precisos en el municipio de Tumaco, su zona rural y fronteriza con Ecuador - caracterizada por ser una extensa zona mayoritariamente selvática, en la que desembocan los ríos Mira y Patía con sus laberintos estéricos, lagunas y el acceso privilegiado al mar -, lo convierten en un escenario ideal para las actividades ilegales y rutas del narcotráfico. Desde finales de los años 90 del siglo XX y comienzos del siglo XXI, en esta zona de frontera hacen presencia grupos armados, principalmente guerrillas (FARC y ELN) y paramilitares, manteniendo un cruce de fuego constante en la disputa por el control de la tierra con fines al cultivo, procesamiento y tráfico de cocaína.

En Tumaco en los últimos cinco años la presencia de grupos armados coexiste con organizaciones criminales y narcotraficantes. Entre ellas, expresiones de grupos “disidentes” de las FARC y carteles de droga internacionales, como el cártel del Clan del Golfo. La particularidad de la coca en Tumaco y su zona rural es la concentración de la cadena productiva en un solo territorio. En este sentido, en la zona rural de Tumaco fronteriza con Ecuador cultivan coca, tienen laboratorios de clorhidrato de cocaína, producen pasta base de coca y envían el producto por el Océano Pacífico hacia Centroamérica, México y Estados Unidos. Tumaco tiene el récord de ser el municipio con el número de siembras de coca más grande en todo el país y el mundo. El Sistema Integrado

de Monitoreo de Cultivos Ilícitos (SIMCI) ha registrado 23.148 hectáreas que representan un 16% del total del país en el 2017.

En este territorio se ha logrado establecer una economía cocalera que trajo consigo, desde finales de 1990 hasta años recientes, la instalación de regímenes de terror -asesinatos selectivos, masacres colectivas, despojos de tierras, reclutamiento forzado de niños y jóvenes, violencia sexual basada en género, extorciones, desplazamientos forzados internos y transfronterizos, amenazas e intimidaciones- contra las comunidades afrocolombianas y líderes sociales con el objetivo de despojarlos de sus tierras para ponerlas al servicio del narcotráfico.

El proceso de paz entre el gobierno de Colombia, con el presidente Juan Manuel Santos a la cabeza, y la guerrilla de las FARC, ha llevado a 11.200 excombatientes a las puertas de la vida civil. Sin embargo, desde que las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) se retiraron de sus núcleos rurales para agruparse en campamentos a principios de 2017, grupos armados rivales se disputan el control de estos lugares estratégicos para las economías del narcotráfico. Según informes de la Fundación Paz y Reconciliación -FIP- (2018) existen alrededor de 1.500 disidentes de las FARC que rechazan la implementación de los Acuerdos de Paz. La mayoría de esas disidencias se concentran en los departamentos de Antioquia, Cauca, Nariño, Valle del Cauca y Putumayo, antiguos territorios donde operaban los frentes 6, 29 y 30 de las FARC y formaban el Bloque Occidental - comandado por Jorge Torres victoria, alias “Pablo Catatumbo” - encargado de organizar las rutas para la distribución y salida de la droga por el Pacífico colombiano.

La FIP señala que las acciones que han protagonizado las disidencias en los dos últimos años indicarían:

- Continuidad con el modelo de actuar de las estructuras de las FARC, como lo han mostrado las acciones de alias “Calarcá” en Mesetas, Meta.
- Oposición abierta al Programa Nacional de sustitución de cultivos de Uso Ilícito (PNIS).

- Proceso de expansión territorial, como el del Frente Oliver Sinisterra (FOS), liderado por alias “Guacho”, hacia zonas de Nariño que han sido de injerencia histórica del ELN y también hacia la Provincia de Esmeralda, Ecuador.

En municipios como Tumaco los grupos disidentes se disputan antiguos territorios de las FARC con el Ejército de Liberación Nacional (ELN), el Clan del Golfo y las Autodefensas Gaitanistas. A la par, disidentes que pertenecieron a la Columna Móvil Daniel Aldana operan como estructuras criminales al servicio de mandos más poderosos como el que lidera Walter Patricio Artízala Vernaza alias “Guacho”. Según el Ministerio de Defensa, alias “Guacho” tiene a su cargo el control de los cultivos, los laboratorios de coca y las rutas de la droga en la frontera con Ecuador.

Grupos armados establecidos y nuevas facciones disidentes han atentado contra las comunidades afrocolombianas con el objetivo de convertirse en los nuevos caciques en la ejecución de la cadena productiva de la coca, generando nuevas oleadas de desplazamientos forzados y despojos de tierras y territorios con alcance transnacional. Según documenta la Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios de Naciones Unidas (OCHA), para el 2017 en Tumaco más de 1500 personas fueron desplazadas. Es importante resaltar que en Tumaco los desplazamientos forzados con frecuencia se establecen de manera pendular; es decir las familias se establecen en un lugar del que pueden ser nuevamente desplazados de acuerdo con las dinámicas de violencias que instauran los grupos armados. Estos desplazamientos, en palabras de los pobladores locales, son referidos como una “población flotante” no solamente porque habitan en casas construidas en palafitos de madera sobre los ríos, manglares y mar - lo que genera que continuamente reubiquen sus viviendas a consecuencia de las inundaciones y subidas de marea -, sino también porque producto de los enfrentamientos entre grupos armados y sus intimidaciones a las personas y familias, constantemente se van unos y llegan otros.

En principio, la violencia armada modificó las prácticas de movilidad y poblamiento en las comunidades fronterizas con Ecuador. La movilidad que en un principio se estableció como mecanismo para establecer redes de parentesco, comerciales y solidaridades entre las veredas y familias (ya sea del lado colombiano o ecuatoriano), constituye hoy en día un

dispositivo de huida para salvaguardar la vida de las personas frente a las amenazas de los grupos armados. Paulatinamente en el imaginario colectivo de las comunidades el desplazamiento por los ríos y sus trochas que los comunican con las veredas vecinas y el “monte”¹⁰ representan el desafío de sobrevivir en una geografía fuertemente devastada y controlada por la guerra y sus actores.

Ilustración 1. Cultivos de pan coger en el entremedio de cultivos de coca



Fuente: Fotografía propia. Vereda el Congal Frontera, Tumaco, enero 2015.

La confrontación armada, despojos de tierras y desplazamientos forzados ha diezmado considerablemente a la población local. Actualmente existen veredas, como Sacumbita, donde solo se encuentran casas abandonadas y restos de palafitos sembrados sobre las orillas del río, los cuales testimonian la desposesión territorial, material, cultural y simbólica que ha dejado la guerra y los cultivos ilícitos. Frecuentemente el control territorial de la frontera está dividido por áreas, unas con presencia guerrillera y ahora “disidentes” y otras con presencia de neoparamilitares y/o bandas criminales; ambas obligan a la gente a entregar sus territorios para el cultivo y procesamiento de la coca. Esto ha generado fronteras invisibles que rompen los lazos de parentesco, socialización y comunicación entre las personas y familias afrodescendientes. Los grupos armados imponen métodos arbitrarios que estructuran y garantizan modelos paraestatales de control

¹⁰ El monte: lugar de trabajo en el que aún sobreviven algunas pequeñas parcelas de tierra sembradas con cultivos de pan coger en el entremedio de extensos cultivos de coca (**ver ilustración 1**).

territorial, político y económico en las comunidades. Es importante resaltar que la fuerte presencia de estos grupos se establece en zonas en las que históricamente los sucesivos gobiernos del estado colombiano han tenido una débil presencia y acceso a los territorios, situación que facilita las acciones violentas de los grupos armados y en la que las comunidades afrocolombianas se convierten en población funcional a este orden y objetivo militar de quienes lo promueven.

La frontera como refugio

Para las familias afrocolombianas que han migrado a Ecuador con el objetivo de salvaguardar sus vidas de los grupos armados, las posibilidades de retorno a sus territorios de origen no significan volver a casa y empezar de nuevo. El retorno puede costarles la vida. Los territorios, como ya se ha mencionado, continúan minados por las violencias, el narcotráfico y la indolencia estatal. En el testimonio de Samira, una mujer de 29 años quien ha sido desplazada cuatro veces por actores armados y que actualmente se encuentra en situación de refugio en San Lorenzo, Ecuador, la muerte no tiene rostro:

La muerte no tiene una sola cara en un país como Colombia [...] hay formas de morir, las balas o huir de nuestra tierra, no siempre vienen de un solo lado. Los mensajeros de la muerte son tantos que cuesta pensar en uno solo. Es como cuando en el manglar sientes que algo te picó en el pie ¿un pejesapo, un cangrejo, una culebra o un erizo? Nunca sabes de que rostro vendrá el impacto [...] ¿Volver a mi territorio?, no lo sé; allá quedó un gran pozo repleto de miedos. Aquí y ahora mi única opción es huir...esconderme y huir, por fortuna tengo familia que me ha recibido, eso ayuda un poco mientras uno se adapta, porque en este nuevo país siento que tampoco soy bien recibida¹¹.

Como vemos en el testimonio de Samira, en la migración forzada transfronteriza y el establecimiento en la sociedad receptora los lazos de parentesco con la familia extensa se convierten en la principal matriz de acogida y reasentamiento de las personas desplazadas. Sin embargo, las vivencias en el “nuevo hogar” están atravesadas por experiencias de

¹¹ Entrevista a Samira Nazareno, Tumaco, Nariño 02 de febrero de 2017.

discriminación y exclusión, lo que genera que estas personas sean víctimas de nuevas violencias ahora no en nombre de la guerra y el narcotráfico, pero sí del racismo y la xenofobia que se cruzan con factores económicos y políticos globales y neocoloniales. En este punto, la migración forzada por la frontera se vive como un dispositivo de huida. Las posibilidades de retorno al lugar de origen se tornan poco posibles a consecuencia de las dinámicas de la guerra y el narcotráfico que tienden a encrudecerse en la región.

Es importante resaltar que tanto las movilidades ocasionadas por el desbordamiento de ríos como los flujos de migración generados por el conflicto armado y el narcotráfico, permanecen invisibles ante las instituciones estatales. Esta zona de frontera es visibilizada por los medios de comunicación cuando se trata de extracción de petróleo y la ejecución de programas para la erradicación de cultivos de uso ilícito. Sin embargo, existe una carencia de información sobre las devastadoras consecuencias que la violencia armada y los programas implementados por el gobierno para su erradicación han generado en las comunidades afrocolombianas.

A modo de conclusión

Como vemos hasta aquí las familias y comunidades afrocolombianas fronterizas con Ecuador pueden tener durante su vida una multiplicidad de situaciones de movilidad en la frontera, desde una economía de los tránsitos (venta y compra de productos agrícolas), vínculos familiares, desplazamientos por cuestiones ambientales, hasta los despojos de territorios originados por el conflicto armado, el narcotráfico, los cultivos ilícitos y la pobreza. Las experiencias de movilidad obligan a una relectura de la realidad social de las comunidades afrocolombianas en complejas imbricaciones que se producen en una diversidad de sistema de lugares que no se limita al espacio nacional, aunque surgen de allí, sino que generan nuevos ensamblajes de la vida social-comunitaria en flujos transnacionales.

De acuerdo con lo anterior, las prácticas que construyen fronteras, las prácticas de transgresión que las desafían, las que evidencian su funcionamiento como espacios de confinamiento, segregación y exclusión, y la organización de los circuitos de tránsito, son importantes no sólo desde el punto de vista de los sujetos en tránsito/movimiento. También

lo es desde la perspectiva de los Estados que regulan o no los flujos migratorios a partir de los intereses del capital global. Esto nos permite analizar la profunda heterogeneidad del campo semántico de la frontera, los ensamblajes y desfases, y sus complejas implicaciones simbólicas y materiales (Mezzadra y Neilson, 2013). En la frontera entre Colombia y Ecuador las comunidades afrocolombianas, a través de sus flujos de movilidad negocian en ambos países experiencias colectivas e intersubjetivas de quién pertenece o no a una determinada nacionalidad. Por consiguiente, esta frontera es un lugar enunciativo de ideas y representaciones hegemónicas, pero también de otras historias y voces disidentes que producen historias complejas de diferencia e identidad, pasado y presente, adentro y afuera, inclusión y exclusión.

Referencias bibliográficas

- ACNUR. (2016). Protegiendo a los Refugiados Convención Plus. Extraído en febrero de 2018 desde: http://www.acnur.org/index.php?id_pag=3359
- Barbary, Olivier, Dureau, Françoise & Hoffmann, Odile. 2007. Movilidad y Sistemas de Lugares. En: Ciudades y sociedades en Mutación. Lecturas Cruzadas sobre Colombia. Coordinadores: Françoise Dureau, Olivier Barbary, Vincent Goueset, Olivier Pissot, Thierry Lulle. Universidad externado de Colombia.
- Basch N., L. & Blanc-Szanton C. 1995. "From immigrant to transmigrant: theorizing transnational migration", en *Anthropological Quarterly*, 68(1).
- Butler, Judith. 2006. Vida precaria: el poder del duelo y la violencia 306 - la ed.- Buenos Aires. Paidós.
- Bhabha, Hommi. 1994. El lugar de la cultura. Buenos Aires: Manantial.
- Castellanos Guerrero, Alicia, 1995. Ciudad Juárez, la vida fronteriza. Chicago, University of Chicago Press.
- Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento. 2017. Víctimas en el exterior: Población exiliada y refugiada: Garantía para los Derechos Humanos en el marco de la implementación del acuerdo de paz entre el gobierno de Colombia y las FARC-EP. Papeles para la incidencia N.10 CODHES.
- Deleuze, Gilles. 2007. *Lógica do sentido*. São Paulo: Perspectiva.
- Domenach H. y Picouet M. "El carácter de reversibilidad en el estudio de la migración", Notas de Población, 49. Santiago: CELADE, 1990.

- Emmerich, Norberto. 2005. Fronteras, muros y límites en la globalización. Disponible en: <http://www.izt.uam.mx/mydes/documentos/Fronteras%20muros%20y%20limites%20en%20la%20globalizacion.pdf>. Consultado el 22 de enero de 2018.
- Escobar, Arturo. 2010. Territorios de la diferencia. Lugar, movimientos, vida, redes. Colombia: Envi3n editores.
- Fundaci3n Ideas para la Paz. 2018. Disidencias de las Farc ¿Cuáles son, d3nde están, qué hacen?. Disponible en: <http://cdn.ideaspaz.org/media/website/document/5a567abca3064.pdf>.
- Garc3a, Andr3s. 2010. Espacialidades del Destierro y la Re-existencia: Afrodescendientes desterrados en Medellín, Colombia. Tesis de Maestr3a. Universidad de Antioquia, Colombia.
- Garduño, Everardo. 2003. Antropología de la Frontera, la Migraci3n y los Procesos Transnacionales. Frontera Norte, volumen 15, No. 30, julio-diciembre, pp: 65-89
- Haesbaert Rog3rio. 2002. Del mito de la desterritorializaci3n a la multiterritorialidad. Universidad Nacional aut3noma de M3xico.
- Hoffmann, Odile. 2007. Comunidades negras en el Pac3fico colombiano. Ecuador: Ediciones Abya-Yala.
- Lefebvre, Henri. 2009. State, space, world: selecte essays/Henri Lefebvre; editated by neil Brenner and Stuart Elden; translated by Geral Moore, Neil Brenner, and Stuart Elden. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Mej3a D. y Camacho A. 2014. Consecuencias de la Aspersion A3rea en la Salud: Evidencia desde el Caso Colombiano” versi3n en espaol publicada en el libro “Costos Econ3micos y Sociales del Conflicto en Colombia”. Universidad de los Andes.
- Mezzadra, Sandro - Neilson, Brett. 2013. La Frontera Como M3todo. Editorial: Traficantes De Sueños. Argentina.
- Mosquera, Sergio. 2001. Visiones de la espiritualidad afrocolombiana. Serie Ma Mawu. Vol 5. Quibd3: Instituto de Investigaciones Ambientales del Pac3fico.
- Oficina para la Coordinaci3n de Asuntos Humanitarios. 2017. Masacre en Tumaco. Disponible en: <https://colombia.unmissions.org/pronunciamiento-p%C3%BAblico-sobre-los-hechos-ocurridos-el-domingo-8-de-octubre-de-2017-en-los-cuales-una>.
- Oslender, Ulrich. 2008. Comunidades negras y espacio en el Pac3fico colombiano. Hacia un giro geogr3fico en el estudio de los movimientos sociales. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia ICANH.
- Procuradur3a General de la Naci3n. (2010). *Plan Nacional de Desarrollo 2010-2014. Prosperidad para todos*. Bogotá.
- Ram3rez, S. (2007). Colombianos en Venezuela y Ecuador: contextos, condiciones e impacto en la vecindad. Ponencia presentada al Seminario “Migraciones, migrantes e integraci3n social. (Versi3n electr3nica) Bogotá.

- Restrepo, Eduardo. 1999. "Territorios e identidades híbridas" En: Juana Camacho y Eduardo Restrepo (eds.), De montes, ríos y ciudades: territorios e identidades de gente negra en Colombia. Bogotá: Ecofondo-Natura-Instituto Colombiano de Antropología.
- Steward, Julian. 2014. Teoría del cambio cultural. México: Universidad Iberoamericana; Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa; Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Sandro, Mezzadra y Brett, Neilson. 2013. La frontera como método o la multiplicación del trabajo. Editorial: Traficantes de sueños. Argentina.
- Schiller Glick, Basch N., L. & Blanc-Szanton C. 2005. "Trasnacionalismo: un nuevo marco analítico para comprender la migración", en *Revista Bricolage*, 3(7).
- Valenzuela. José Manuel, coordinador, 2014. Transfronteras. Fronteras del mundo y procesos culturales. México: El Colegio de la Frontera Norte.
- Valenzuela, Arce, José Manuel, 1996. El debate de las identidades en la frontera norte: Relaciones y sujetos sociales: La deconstrucción de la identidad nacional. Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte.
- Velazco, Juan Carlos. 2016. El Azar de las Fronteras. Políticas Migratorias, Ciudadanía y Justicias. Fondo de Cultura Económica.
- Vélez-Ibáñez, Carlos G. 1996. Border Visions. Mexican Cultures of the Southwest United States, Tucson, The University of Arizona Press.
- Whitten, Norman. 1992. Pioneros Negros: La cultura Afrolatinoamericana en Ecuador y Colombia. Centro Cultural Afro-ecuatoriano.